



REVISTA SEMANAL.

De esta revista se publican 48 números anuales.

Su precio, 2 rs. al mes en toda España, franco de porte.

AÑO 3.º—NÚMERO 9.

DIRECTORA,
ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

8 de Marzo de 1877.

PUNTOS DE SUSCRICION.

En su redaccion y administracion, calle del Darro del Campillo, núm. 15.

SUMARIO:

La soledad de Maria, por don Francisco Jimenez Campaña.—**El arrepentimiento**, poesía, por D. Antonio Arnao.—**Calvario y Redencion**, por doña Enriqueta Lozano de Vilchez.—**El buen ladrón**, cuento, por don Pedro Escamilla.—**Variedades**.

LA SOLEDAD DE MARÍA.

Plorans ploravit in nocte
et lacrymæ ejus in maxillis
ejus: non est qui consoletur
eam ex omnibus charis ejus
(Thr. 1. 2.)

I.

Es una noche oscura, muy oscura: la noche del día en que murió Jesús por la redencion de los hombres: trastornada está la tierra de Judá por la furia con que se ha estremecido, cuando el Salvador ha exhalado en la Cruz su último suspiro, y vertido sobre el Gólgota la última gota de sangre. Los cedros y las palmeras del Líbano, apiñados se encuentran en desordenados grupos, como tímidas gacelas á quienes reúne el terror de la próxima pantera; el trueno se oye

lejano retumbar en las cuencas de las montañas; la tempestad se aleja con paso de terror y se lleva en pos de sí los huracanes y los rayos. La calma reina en medio de las sombras; pero es la calma horrorosa que sigue al crimen; es la calma de espanto, que sucede al exterminio de las batallas; es el desmayo de la naturaleza, que ha presenciado la muerte de su Hacedor, es el paroxismo de los fieros elementos, que con su silencio lloran la muerte de su eterno regulador.

II.

Desiertos están los caminos de Jerusalem, y por sus calles solitarias solo transitan envueltos en blancos sudarios los muertos, que han dejado sus sepulcros. ¡El Cedron! solo este impetuoso torrente deja escuchar su fatídica voz en medio de silencio tan majestuoso, y parece que en su carrera murmuradora va contando á Jerusalem la terrible leyenda de todos sus crímenes; por eso en el ruido con que sus ondas se precipitan, se oyen ecos de lamentaciones, voces que increpan, ayes de muerte, suspiros de amargura, silbidos de sarcasmo é impías carcajadas. Un tibio rayo de luna escapado de las nubes, y reflejado

en las turbias ondas del torrente, ha dejado ver en sus márgenes una mujer envuelta en el manto de las nazarenas. Sumida está en hondos y tristes pensamientos, y estas amargas ideas, que á su ánima embargan, le hacen asomar á sus ojos, negros, como el seno de la noche, gruesas lágrimas, que semejan perlas. Á veces cuando sus ojos se enturbian mas por el lloro, se exhala de su garganta un doloroso suspiro, y entonces parece que el Cedron detiene su curso, que murmura palabras de consuelo á los piés de aquella misteriosa mujer, y que al proseguir su carrera sale de sus espumosas ondas un gemido triste y suave, como las notas de las arpas de los cielos.

III.

¿Quién es esta mujer que viene á llorar sola á las márgenes de un torrente, cuando medrosos los hombres se ocultan en lo mas oscuro de sus viviendas, y las fieras devoran el hambre que las consume, con un sordo rugido en lo mas hondo de sus cavernas? ¿Quién es esta mujer que busca solo la compañía de las aguas, cuando los valientes de Israel se rodean de sus numerosas familias, porque solos tienen miedo á la ira tremenda de la justicia divina? ¿Qué pesares la acongojan que tantas lágrimas vierten sus ojos? ¿Qué penas le atormentan que no la dejan reparar en el pasmo horroroso con que la naturaleza manifiesta su asombro por la muerte de su Creador? ¡Ah! es María, es la Madre de ese mismo Creador, y hay mas trastorno y mas tormenta dentro de sus entrañas por la muerte de su hijo y la soledad en que la deja, que el que la naturaleza toda pueda manifestar con sus tormentas y terremotos. Es su madre, y en un suspiro de su alma hay mas amarguras, que gotas de hiel caber pudieran en la inmensidad de los mares. Es su Madre, y una sola de las lágrimas que de sus ojos se desprenden, denota mas pesar que el llanto de tristeza con que los serafines sienten la muerte del príncipe de los cielos. Es su Madre, y no hay nada que supere á su dolor, como nada hay que ventajas lleve al cariño de una madre.

IV.

Su Jesus era blanco como la nieve del Líbano y negra su cabellera como las alas del cuervo, sus ojos eran hermosos y puros como palomas sobre los arroyuelos de las aguas; sus labios lirios que destilan mirra, y su aspecto risueño y gentil como las blancas tiendas de Abraham, acam-

padadas en los confines de Bentel. ¿Qué se ha hecho de tu amado, oh, la mas hermosa de las mujeres? ¡Ah! ¡su amado! ennegrecido tiene el rostro por la mano de los impíos verdugos, mesada bárbaramente su cabellera, sus ojos sin luz como astros eclipsados, y cubierto su cuerpo de heridas mortales. Pero ¿en dónde está tu Hijo, trisísima Señora? tu Hijo.... muerto y envuelto en las sombras del sepulcro. Ya su lengua, aquella lengua que tan hermosas parábolas referia, aquella lengua inefable que tantos prodigios obraba, aquella lengua dulcísima, que tantas veces pronunciaba á los oídos de María el dulce nombre de Madre, no se dejará escuchar para consolar y dar aliento al corazón desfallecido, de la mas angustiada de las mujeres. Ya sus ojos, aquellos ojos divinos en los que bebiera amor casto y maternal su alma inmaculada; aquellos divinos ojos, bálsamo delicioso de sus penas crueles; aquellos ojos divinos, luz celestial de su corazón atribulado, no se abrirán para fijarse en los de María, y darle la vida, que la Madre bebe en las miradas del Hijo de su amor. Si sobre el cuerpo de Jesus gravita la fria losa del sepulcro, ¿cómo no ha de pesar sobre María, que es su Madre, un mar de tribulaciones?

V.

Pero el dolor no deja á su ánima mucho tiempo en sosiego: miradla como levanta la frente al cielo, y las nubes se abren como para dar paso á las miradas de sus ojos. «¡Mi Hijo!» exclama pidiendo á Jehová misericordia; un relámpago brilla describiendo rojizos ángulos por encima del Calvario; María lo vé y corre hácia aquel lugar, como tímida gacela á la fuente de las aguas. ¿Qué vision del cielo es aquella que hay en la cima, que los brazos tiene abiertos, y en ellos parece que María se va á precipitar? ¡Ah! ¡no es su Hijo! Es la Cruz, el instrumento fatal donde ha sido inmolado el Hijo de su corazón. La moribunda luz de la luna parece aumentar sus proporciones, elevándola sobre todo cuanto la rodea: es un testimonio elocuente del amor de un Dios á sus criaturas; en ella ha firmado con su sangre la solemne alianza de la emancipación del género humano; el signo de paz y reconciliación del cielo con la tierra. María la contempla breves instantes y despues cae de rodillas, la abraza con efusión, y la adora con toda la ternura de su grande alma. Sobre ella deposita un ósculo de paz, y vuelve á quedar sumida en dolorosos y profundos pensamientos. Entonces vé que allá de la sombra oscura de lejanos horizontes comienzan á surgir negros fan-

tasmas, y á cruzar por delante de sus ojos en horrenda y sarcástica procesion. Son los grandes pecadores de la nueva ley, por su Hijo establecida, evocados de la nada y vistos en espíritu profético por María. El primero de todos cruzó Judas, apretando contra su corazón inícuo, con alegría de avaro, las treinta monedas por que vendiera, infame, á su divino Maestro. Despues cruzaron, mirando la Cruz con ojos fieros, los diez emperadores romanos, que habian de perseguir, crueles, hasta la saciedad la Iglesia de Jesucristo, y á su frente iba Neron el parricida. Mal velado su orgullo con faz austera y penitente, pasó tambien Arrio, que habia de negar que el Hijo de Dios era igual al Padre en todas las cosas, haciendo bambolear la Iglesia en sus cimientos. Y cruzó Pelagio, que habia de negar el pecado original y la necesidad de la gracia de Jesucristo. Y cruzaron Nestorio y Entiques, padres los dos de dos grandes herejias contra el dogma de la Encarnacion. Y pasó Mahoma, el libidinoso, que habia de enseñar á los pueblos del Asia la moral mas nauseabunda y corrompida. Y pasó Berengario, que habia de levantarse en contra del Sacramento del amor, en contra de la Eucaristía. Y cruzó, con la cabeza erguida por la soberbia el sacrilego Lutero, que habia de negar uno por uno casi todos los dogmas de la fe. Y cruzó, en fin, Voltaire con risa diabólica y sarcástica, y en pos de él una inmensa turba de arrogantes insensatos y de orgullosos impíos. Todos estos hombres habian de hollar un dia con inmunda planta la sangre preciosa de su hijo en aquella Cruz vertida. Oh! que esta profética vision la desgarró el alma, y la hace sufrir más que todos los dolores, porque la hiere en la parte mas sensible de su ser, en su amor, en su amor divino, en el inmenso amor que profesa á Dios y á sus obras, y la hiere tambien en su amor de Madre, porque ve cuán inútil y despreciado era por estas almas el sacrificio grande del hijo de su corazón.

Ay! los cielos la contemplan vertiendo lágrimas de fuego; otra vez se desatan y rugen los fieros aquilones, la tierra amaga á volverse á estremecer; y los muertos, que la tumba dejaron cuando su hijo espiró, vienen envueltos en sus blancos sudarios á conocer á la mas desventurada de las madres, á la mas heroica de todas las mujeres. Pero el mismo dolor que María manifiesta en su semblante los detiene lejos de ella; su amargura los conmueve y derramando un lloro, helado como el frio de la muerte, se tornan silenciosos á sus sepulcros. Entonces vaga, misteriosa y confusa se escucha entre el rumor del viento la voz de Jeremias anunciando el ester-

minio de Jerusalem por la última de sus maldades; y mas lejano, mas sordo y desapacible, el ruido belicoso de las fieras cohortes del hijo de Vespasiano. Y es que cuando María llora, el mundo se agita y Dios hace escuchar en los aires el terrible acento de su justicia.

VI.

El ronco fragor del trueno hace á María volver en sí, y de nuevo se encuentra en su amarga soledad; no hay uno que la consuele de todos sus amigos, ni un alma que con la suya sienta, ni unos ojos que con los suyos lloren: todos la han abandonado en la hora negra de su tribulacion.

Francisco Jimenez Campaña.

EL ARREPENTIMIENTO.

Al pié del altar sagrado
Donde la imagen se ve
De Cristo crucificado,
Clama un siervo del pecado
Con el grito de la fé:

—¡Héme á tu planta, Señor!
En triste llanto deshecho
Vengo á mostrarte el dolor
Que despedaza mi pecho
Cerrado para tu amor.

Aunque tarde, comprendí
Que en esta morada impura
Que florido Eden creí,
Solo hay noche y amargura
Separándonos de tí.

Ciego entre lides cruentas
Voy cruzando por la vida,
Donde á la humildad alientas,
Cual ave que cruza herida
La region de las tormentas.

Goce y dicha ambicioné,
Mas por lograr lo que ansiaba
La virtud sacrifiqué;
Y hallando lo que buscaba,
Mi infortunio al par hallé.

Todos advertir pudieron
Las lágrimas de mis ojos;
Todos mis quejas oyeron,
Mis piés desgarrados vieron
Por los punzantes abrojos.

Mas ninguno en tanta pena
Me brindó un consuelo humano
Con alma clemente y buena....
¡Y me llamaban hermano
Con acento de sirena!

Tú que mi soberbia viste
Me humillaste por el suelo;
Mas oyendo mi voz triste,
Desde tu trono del cielo,
De mí te compadeciste.

¡Dios y Padre! aunque no soy
Digno de tu amparo santo,
Rendido y humilde estoy:
De mi oprobio me levanto;
De tí vine y á tí voy.

Y aunque con rigor me hieres,
¡No abandonarte jamás
Te prometo por quien eres!
¡Enclávame, si lo quieres,
En esa cruz en que estás!—

Dice el pecador contrito,
Y una voz siente en el alma
Que parte de lo infinito....
¡Ella sus tormentos calma!
¡Es la del perdon bendito!

Antonio Arnao.

CALVARIO Y REDENCION.

CARTAS DE DOS HERMANOS.

Fabian á Maria.

Como te dije en mi anterior, hermana mia, D. Félix parecia haberme invitado tácitamente para presentarme á la tertulia de su hija, y sin embargo, yo no estaba resuelto á asistir, pues temia ser tratado en ella de un modo poco grato para mí.

En esta casa, mi dulce María, yo no soy mas que uno de tantos dependientes como existen en ella, á quien si distinguen un poco no es por su clase ni por su nobleza, si no porque trabaja mas horas y con mas actividad que los otros.

Yo no me hago ilusiones, María, sé que hoy nada soy, que la suerte me ha colocado en bien diferente esfera de la que antes ocupaba, y no quiero por nada del mundo salir de ella, por temor de que algun necio me señale mi puesto, y me recuerde que debo volver á él.

Luego, te lo confieso, esa jóven orgullosa y fria, me es repulsiva en extremo. Al través de

su magnífica hermosura leo algo en su frente que me hace mirarla con prevencion. En la suerte presente de Angelina, en la pasada muerte de su madre, veo un misterio que me espanta, y que hace de Valeria un ser temible y fatal á mis ojos.

La mujer que no ama, que no acaricia, que no vela por una niña enferma, ¿qué dulzura, qué bondad, ni qué amor puede abrigar en su alma? ¿qué nobles cualidades puede encerrar en su corazon?

¡Oh! ningunas, y por consiguiente debe huirse de ella, como de esos árboles de hermosa apariencia, pero de fruto envenenado.

Todos estos pensamientos daban vueltas en mi mente desde que habia oido las palabras de D. Félix, y te confieso que me tenian preocupado á mi pesar.

Por otro lado, como una negativa de mi parte hubiera sido un inconcebible acto de descortesía, estaba indeciso entre lo que debia hacer.

Ya que por un favor de la Providencia he podido hallar el puesto que ocupo, y que me permite ser útil á nuestra madre, no debian en manera alguna disgustar á mi principal, ni exponerme á caer en su desgracia.

Por consiguiente, me decidí á esperar una segunda indicacion, ó de lo contrario, á no salir de mi cuarto.

Subí, pues, á él, y tomé un libro segun mi costumbre de otros dias.

Apenas habia pasado algunas hojas, sentí que llamaban recatadamente á la puerta y me apresuré á abrir, no sospechando quién pudiera ser.

Con no poca sorpresa de mi parte hallé ante mí á Julio, uno de mis compañeros, que me dijo fijando en mí sus ojos con tristeza:

—Yo no suponía á V. aquí todavia.

—Tengo poca costumbre de salir, le respondí, ya lo sabe V., prefiero quedarme, y leer ó escribir algunas horas.

—Sí, ya lo sé, me replicó; pero esta noche....

—¿Qué? exclamé sin sospechar lo que queria decir.

—Como la señorita Valeria le espera....! murmuró.

Habia una inflexion tan extraña en su voz al pronunciar estas frases, que no pude menos de sorprenderme, y solo le contesté:

—¿Que me espera! no sé lo que quiere V. decir.

—¿Cómo! exclamó, ¿pues no oyó V. las palabras de su padre? ¡Oh! yo sí, yo sí; además, esta mañana, durante la hora del almuerzo, ella ha bajado al despacho, yo estaba en la habitacion contigua, porque hoy no tenia apetito, y he podido oir su conversacion.

—¿Y qué? pregunté admirado mas por la agitación del pobre Julio, que por los hechos que me referia.

—¡Oh! respondió: ha exigido de su padre la promesa de que V. asistiría á sus reuniones.—Es preciso, papá, dijo; tengo un empeño particular en ello: ese jóven en nada se parece á nuestros otros dependientes: tiene unos modales harto distinguidos, una figura harto noble, y me interesa sin saber por qué: quiero, pues, que tú le invites, sin que aparezca que yo lo deseo.—D. Félix parecia titubear, pero ella, con esa voz, con esa mirada que dominan y subyugan de un modo tan irresistible, insistió aun, y el padre ha cedido y la ha complacido como V. vió.

—Y bien, dije á Julio cuando ví que este callaba; ¿qué hay de extraño en eso? yo no veo mas sino un movimiento de curiosidad, pero nada mas.

—¿Y vá V. á bajar al salon? me preguntó con afán.

—Sin duda, si lo que V. me dice es cierto.

—¡Oh! qué dichoso es V.! murmuró dejándose caer en una silla, y cubriéndose el rostro con las manos.

Te confieso, hermana mia, que el aspecto de aquel jóven me causaba tanta pena como estrañeza, y que entre sus vagas palabras adivinaba que sufría de un modo terrible.

Por un momento creí que la distincion de que yo era objeto le lastimaba, ó escitaba en su alma aquel momento de sombrío dolor, producido por el despecho ó por la envidia.

Luego una luz mas clara iluminó mi razon, y me pregunté si aquel jóven amaria á la hija de nuestro principal.

Solo la pasion puede enloquecer á un hombre, y solo la locura puede inspirar las palabras y el extravío que Julio demostraba.

—Y bien, le dije despues de algunos instantes de silencio; ¿por qué no baja V. tambien?

—¡Oh! á mí no me han invitado nunca, exclamó; Valeria es demasiado orgullosa para....

Su labio enmudeció, y le ví estremecerse un momento.

En aquel instante volvieron á tocar á la puerta, y uno de los criados dijo desde el corredor:

—Señor de Osorio, D. Félix aguarda á V. para presentarle á la señorita.

—Está bien, respondí; dígale V. que bajo al punto.

—Ya lo vé V., exclamó Julio levantándose con violencia. Ya lo vé V., cuando ella quiere una cosa, la quiere á toda costa, y á toda costa se hace; pero vaya V. con cuidado, no se deje V. alucinar por su sonrisa ni dominar por su mi-

rada, por mas que esa sonrisa y esa mirada valgan una vida entera.

—Vamos, tranquilícese V., exclamé empezando á comprender, y compadecido de aquel jóven; tranquilícese V. Yo bajo esta noche por un mero compromiso, pero estoy muy lejos de desear el frecuentar los salones ni las reuniones de esta casa. Por mi parte le ofrezco no concurrir á ellas, y aun procurar que V. ocupe mi puesto allí, si esto le interesa.

Esta promesa le conmovió en extremo y acabó de ganarme sus simpatías y su entera confianza.

—¿Ha amado V. alguna vez? me preguntó con afán.

—No, le dije con voz segura; pero esté V. cierto que la mujer que ocupe mi corazon, no se parecerá nunca á la señorita de Aguilar.

—¡Es muy hermosa! murmuró.

—Sí; pero yo jamás buscaré la ventura en un rostro bello, sino en un bello corazon! otra cosa sería un extravío de los sentidos, una alucinacion de la mente, pero nada más.

—Oh! feliz el que puede escuchar la voz de la razon! feliz el que no sufre esta tortura del alma, que se llama celos, y que no cifra sus esperanzas en un amor imposible!

Entre nosotros no habia mediado una confianza formal, y sin embargo, nos entendíamos completamente.

Tomé la mano de Julio y la estreché entre las mias.

Aquella mano estaba ardiendo.

—Julio, le dije; ¿tiene V. algun hermano?

—No: me respondió tristemente.

—¿Quiere V. que yo lo sea? le pregunté con interés.

—¡Oh, gracias! me pudo contestar solo; pero se arrojó en mis brazos con efusion. Venia, dijo cuando se tranquilizó un poco: venia odiándole á V., porque la envidia engendra el odio; pero salgo llamándole mi hermano, y dispuesto á abrirle mi pecho. Ahora no, le esperan á V.; pero mas tarde, cuando todos se recojan, yo vendré aquí otra vez, y pasaremos la noche juntos; de este modo lo sabrá V. todo y disculpará acaso este momento de extravío: hasta luego, pues; hasta luego, Fabian, mi buen hermano.

Julio salió de mi cuarto sin aguardar mi respuesta, y yo, aturdido aun con aquella escena, bajé lentamente la escalera y me dirigí en busca de D. Félix.

Un instante despues penetrábamos ambos en el salon donde se hallaba Valeria, rodeada de algunas personas de quienes luego te hablaré.

El señor de Aguilar se adelantó hasta la joven, á quien dijo con voz breve:

—Hija mia, tengo el gusto de presentarte al señor de Osorio, uno de los jóvenes mas dignos y mas honrados que conozco.

—Ya sabes, papá, que las personas á quien tú distingues son acreedoras á mi aprecio, y que el señor de Osorio será siempre bien recibido por mí.

Yo le dí las gracias, y ocupé un puesto en aquella reunion sin audacia, pero sin embarazo.

Valeria me observaba atentamente aunque aparentaba no cuidarse de mí.

Tal vez esperaba verme turbado y aturrido al penetrar en aquella lujosa estancia; tal vez aguardaba que la sorpresa de verme admitido en su sociedad me deslumbraría hasta el punto de obligarme á hacer un papel ridículo.

Por fortuna se engañó, y aun dos ó tres veces la ví fruncir las cejas y mirarme con extrañeza, cuando una respuesta oportuna ó una palabra dicha al acaso la probaban que estaba muy sobre mí, y que la riqueza y el fausto no me alucinan.

Algunas de sus amigas la instaron á que cantara; pero ella se excusó pretestando que no habia quien la acompañase.

Entonces me ofrecí á hacerlo, y Valeria fijó en mí sus ojos, y me preguntó involuntariamente:

—¿Y podrá V. hacerlo?

—Quizá sí; probemos si V. lo permite.

—La música es alemana y la pieza difícil, insistió.

Por toda respuesta me levanté y la ofrecí la mano para conducirla al piano.

Ella me siguió, aunque en su rostro se reflejaba una expresion de duda y sarcasmo.

Ya sabes, María, que mis maestros aseguraban que yo tenia un poco de génio, que poseía gran facilidad y gusto para el arte musical, así es que comprenderás lo sencillo que me fué improvisar aquella pieza.

Valeria cantó con una voz admirable y una maestría infinita.

Cuando su voz se extinguió en el salon, aún seguí yó tocando algunos instantes; hacia ya mucho tiempo que mis manos no se apoyaban en el teclado, y sin darme cuenta de ello me dejé llevar de la impresion del momento, y produje algunas notas que todos oyeron con religioso silencio: tanto, que el aplauso que iba á estallar al concluir Valeria, quedó suspenso hasta que yo dejé de tocar.

La sociedad mia, hermana, es impresionable y fácil de entusiar. Quizá la sorpresa de hallar

en el pobre dependiente de una casa de banca un músico regular, fué la causa de los elogios y los bravos que escuché por doquiera.

Ella no despegó sus labios entonces; pero cuando la acompañé á su asiento, me indicó con un leve movimiento un sitio vacío á su lado.

Yo lo ocupé, y esperé á que me dirigiera la palabra, no atreviéndome á hacerlo yo.

Valeria tomó mi silencio por desden acaso, pues la ví morderse los labios de impaciencia al no escuchar los elogios que esperaba.

Al cabo,

—Debía estar irritada contra V., me dijo.

—Aunque ignoro completamente la causa, respondí, crea V. señorita que me pesa en el alma si en algo he podido disgustarla, y que desearia conocer la ofensa para evitarla en adelante.

—Oh! me dijo sonriendo, ¿cree V. poco motivo de enojo el haber llamado la atencion de mis tertulianos, hasta el punto de hacer que se hayan olvidado de mí, para ocuparse de V. tan solo?

—Creo que han aplaudido por extrañeza y no por entusiasmo, señorita; además, aunque fuera de otro modo siempre seria de V. toda la gloria, repliqué:

—No comprendo á V., repuso admirada.

—Si algo bueno habia en las notas que produjo mi mano, era debido al eco de su voz que aún resonaba vibrante en mi oído.

Valeria, nada me respondió.

Pero despues de un instante me preguntó.

—Hace mucho tiempo que pertenece V. al comercio?

Aquellas palabras ¿eran recordarme mi posicion, ó eran querer penetrar mi pasado?

No sé! pero de todos modos, yo la respondí tristemente.

—Hace muy poco, señorita; en su casa de V. estoy haciendo mi aprendizaje.

—Ah! entonces no es extraño... sin duda antes habrá V. cultivado la música.

—Le he tenido alguna aficion.

—Por aficion solo....?

Indudablemente aquella mujer queria penetrar algo de mi anterior existencia, pero mi reserva la desconcertó.

—De todos modos, dijo despues de algunos momentos en que esperó en vano una respuesta mia; de todos modos yo me felicito por ello, pues que segun creo pasará V. en casa muchas noches, puesto que mi buen padre ha hecho una escepcion en su favor invitándole á nuestras reuniones.

—No sé si tendré ese honor, la dije con marcado acento.

—Por qué? preguntó, ya he dicho á V. que mi padre...!

—Soy muy poco aficionado á las reuniones y á la sociedad; mi carácter un poco grave, y melancólico por demás, se aviene mas á la soledad que á la animación: además, como V. ha dicho bien, el señor de Aguilar ha hecho en mí una escepcion, y yo no quiero abusar de su bondad, puesto que solo á su bondad la debo.

Al escucharme, se levantó bruscamente; mi respuesta quizá la habia ofendido.

Se puso á hablar con algunas de sus amigas, y no pareció fijarse mas en mí.

No sé quién fué, pero se pronunció á media voz la palabra baile, y los ecos del piano preludiaron un wals.

Algunas parejas se lanzaron en medio del salon: dos ó tres jóvenes se acercaron á Valeria, y ella sonriendo les señalaba á aquellas de sus amigas que aún permanecian en sus asientos.

Sus ojos me buscaban de vez en cuando; no hay duda que esperaba que yo la invitase, pero me astuve de hacerlo, y esto la causó una contrariedad terrible, pues la ví desojar una flor que ostentaba en la mano.

Algunos momentos despues me despedí y me dirigí á mi cuarto donde te escribo mientras espero á Julio.

¿Qué irá á decirme? qué pesares me irá á confiar?

No puedo adivinarlo aunque presumo que el nombre de Valeria esta ligado sin duda á ellos.

Adios, hermana mia, adios, hasta mi próxima carta en que te pondré al corriente de todo, —*Fabian*.

(Continuara).

Enriqueta Lozano de Vilchez.

EL BUEN LADRON.

CUENTO.

I.

Juan de Vargas habia llegado á los veinticinco años, adquiriendo, aunque tarde, la triste convicción de que estaba completamente arruinado.

Huérfano de padre y madre, encontrése muy joven dueño de una considerable fortuna y de una libertad sin límites.

Juan hizo lo que la mayor parte de los jóvenes hubieran hecho en su lugar.

Montó su casa con un tren verdaderamente régio: gastó un capital en caballos y carruajes; aumentó su guardaropa con un traje para cada hora del dia; viajó por el extranjero, no por

aprender ni ilustrarse, sino porque le vieran en todos los sitios donde se exhibe el *sport*; hizo apuestas considerables en las corridas inglesas; jugó en Baden: pagando mil reales mensuales á un cocinero, comia frecuentemente fuera de su casa....

En una palabra: se entregó á todo género de locuras, que disculpan los pocos años y el dinero, hasta que llegó un dia fatal en el que la realidad se presentó á sus ojos bajo la horrible máscara de la miseria en perspectiva.

II.

Desde que se iniciaron en el joven las primeras locuras; desde que sus manos comenzaron á tirar el oro por la ventana, como vulgarmente se dice, Felipe, su mayordomo, empezó á querer demostrarle que con aquel sistema los tesoros de Crespo quedarian bien pronto agotados.

Felipe era uno de esos viejos, antiguos criados que se adhieren á las paredes de las casas en que han servido toda su ascendencia como la yedra al olmo.

Á la sazón vivia en casa del joven en compañía de una muchacha de diez y ocho años, fruto de un breve matrimonio, pues enviudó al poco tiempo de casarse.

Berta queria á su joven señor no con el afecto de la domesticidad, sino con un cariño algo mas fuerte y aquilatado, en el cual el joven Vargas no habia parado sus mientes.

Y por esta misma razon, deploraba los desórdenes de que era testigo, y que ningun poder humano era suficiente á evitar.

III.

Era la noche de aquel dia fatal en el que Juan de Vargas habia adquirido el triste convencimiento de su ruina.

Durante el dia se habia celebrado en aquella casa una especie de concurso de acreedores; todos los ojos se habian fijado en el mobiliario, los caballos y los curruajes, que debian venderse para satisfacer la vigésima parte de una cuenta colosal.

Los criados, en vista de aquello, habian ido desfilando poco á poco, de modo que toda la servidumbre de Juan Vargas quedó reducida al anciano Felipe.

En medio de todo, Juan mostraba una resignación estóica.

Estaba titubeando entre vender fósforos ó pegarse un tiro, cuando se presentó en su gabinete el vizconde del Viento, uno de sus más íntimos amigos.

Como era natural, la conversacion en un principio versó sobre la situacion del de Vargas, y de los medios mas ó menos probables de salir de tan angustioso extremo.

—Si tú quieres,—le dijo el vizconde,—pronto conjurarás la tempestad, volviendo á ser acaudalado, aunque un poco menos de lo que lo has sido.

—¿De qué modo?—preguntó Vargas.

—Es una idea que me ocurre y que te vendo para cuando hayas realizado tu fortuna.

—¿Una idea que me vendes?

—¿Por qué no? Las ideas son dinero; prométeme abonarme veinte mil duros en un día de terminado, y hablaré.

—Vamos, será alguna locura!...

—No lo creas: hablo con formalidad.

—Explicate, y sepamos....

—¿Qué fortuna heredaste al morir tu padre?

—Veinte millones de reales en efectivo.

—Veinte millones.... Pensando piadosamente, Felipe, tu mayordomo, te habrá robado cinco.

—¿Qué dices!—exclamó Vargas indignado ante la idea de que se sospechara de la probidad de un hombre que habia servido á toda la familia.

—¿No ha pasado toda tu fortuna por su mano?

—Seguramente; más que mayordomo es mi apoderado, mi amigo.

—Pues entonces es lo menos que puede haberle quedado entre las uñas.

—Desecha un pensamiento que me hace daño.

—¡Bah! no seas majadero; tú has tirado tu fortuna por el balcon, y Felipe se ha puesto debajo con el paraguas del revés para recoger parte del aguacero.

—Pero aun admitiendo esa monstruosidad, ¿qué tiene que ver con la rehabilitacion de mi fortuna?

—Es muy sencillo: tu mayordomo tiene una hija hermosa y joven, cástate con ella y constituirán su dote esos cinco millones que te ha robado.

Juan Vargas lanzó una carcajada al oír la ocurrencia de su amigo.

Aún siguieron entreteniéndose el tiempo, hablando de pasadas locuras; por último, el vizconde se separó de él, y Juan se hizo servir la comida.

(Concluirá).

Pedro Escamilla.

VARIETADES.

LOS INVENTOS.

Contra los libre-pensadores que están siempre tratando al clero de oscurantista, vamos á presentar nada mas que algunos datos entre muchos, hijos de una sencilla ojeada echada sobre las ciencias.

Se deben pues:

A Beda, monje inglés del siglo VII, el primea trabajo metódico acerca de la dactylonomía y la chiromancia ó sea el cálculo por los dedos y las manos.

A Vigilio, Arzobispo de Salyburg, en el mismo siglo, la primera afirmacion de la redondez de la tierra y de la existencia de los antípodas.

A Guy, monje de Arezzo, la clave, la escala musical y la armonía.

Al diácono Giojo, el iman y la brújula.

Al dominico Spina, los anteojos.

Al dominico Alberto el Grande, el zinc y el arsénico.

Al monje Rogerio Bocen, las ideas claras sobre todos los descubrimientos de nuestro siglo.

Al fraile Schwartz, los fusiles y la pólvora de cañon.

A Ricardo Walingfort, abad de san Albano en Inglaterra, la construccion del primer reloj astronómico en 1326.

A Bas el Valentino, benedictino, la primera aplicacion á la medicina de los recursos de la química.

A Lucas de Borgo, el Algebra.

Al jesuita Kircher, en 1697, la primera linterna mágica, y la construccion del primer espejo ardiente, por medio de los vidrios planos.

Al jesuita Cavalieri, que murió en 1647, la difraccion de la luz y el descubrimiento de los infusorios.

Al Cardenal Regio-Flontano, el sistema métrico.

A este mismo Cardenal, á Copérnico y al Cardenal Cusa, el verdadero sistema del mundo.

Y al mismo Cardenal Cusa, antes de Galileo, la rotacion de la tierra alrededor del sol inmóvil.

Al benedictino español Ponce, el principio de la instruccion á los sordo-mudos en 1570, que despues propágó y perfeccionó el presbitero francés L'Epé.

Al P. Luna, jesuita, que murió en 1687, la instruccion de los ciegos.

Al cura Camponi, que murió en 1860, la invencion del corte de piedras.

A un monje italiano del siglo XVII el descubrimiento del arte de desenvolver los manuscritos de Herculano.

Al diácono Nollet, de Pimpre (Francia), el honor de haber explicado dos años antes que Franklin las tempestades por la presencia de la electricidad en las nubes. Y el pararrayos tambien lo fué antes que por Franklin, por un cura premostratense austriaco, premiado por María Teresa y la Academia de Viena, segun puede leerse en las Memorias de ésta.

GRANADA:

IMPRENTA DE D. FRANCISCO REYES,
calle Alta del Campillo.